

Anãbal Malvar

Casinos tumban gobiernos

Lo de que el futuro de Espaã±a se juegue en un casino a mã me parece que tiene mucho glamour. Somos los *Oceanâ€™s Eleven* de Europa, quã© carajo. El *latin-lover* ha muerto. Larga vida al *ludo-spanish*. Porque un macrocasino, el Hard Rock de Tarragona, no solo ha obligado a adelantar las elecciones catalanas, sino que nos ha dejado a los espaã±oles sin presupuestos para 2024. Supera eso, Donald Trump. Nuestro destino se juega en una mesa de blackjack, con sus tahãores y sus ases en la manga. Imaginando metãiforas, somos una naciã³n de naciones insuperable.

El presidente catalã±n, Pere Aragonã’s, ha tenido que abrir las urnas porque su partido, ERC, y el PSC, no han conseguido convencer a los Comuns para que acepten la construcciã³n de un macrocasino de capital estadounidense en Vilaseca, y ahã sã que se han roto Catalunya y Espaã±a.

Segã³n los rumorosos, fueron los socialistas de Salvador Illa los que exigieron impulsar el Hard Rock para aprobar las cuentas. ERC tragaba el proyecto con mãis asco que vergã¼enza, pero para los socialistas era un Eldorado irrenunciable, una prioridad polãtica defendida con mãis ansia que cualquier proyecto contra la corrupciã³n, la violencia machista o el cambio climãtico. Y aquã podemos desarrollar una interesante subtrama.

Salvador Illa saltã³ a la popularidad como ministro de Sanidad al que pillã³ la pandemia. Con su aspecto de Mortadelo que no sabe hacer reãr, tenãa toda la pinta de seã±or poco carismãtico, hasta que el COVID le otorgã³ un protagonismo inesperado y, seguro, no querido. Su talante educativo, nada crispado, y su sabia gestiã³n lo convirtieron en uno de los polãticos mãis valorados de Espaã±a. Era el rostro de la salud, de la vida, para todo un paãs. No se serigrafiaron camisetas con sus gafas de pasta porque estã;bamos enclaustrados y no habãa dã³nde lucirlas.

Ahora aquel rostro de la salud y la vida, inexplicablemente, tiene como prioridad polãtica para su tierra construir un macrocasino con sus empleados precarios, su alto coste medioambiental, su horterez, sus prostitutas *high-standing*, sus tiendas de lujo donde no vas a poder comprar nunca y su incitaciã³n a arruinarte en una noche creyã³ndote Nicolas Cage.

Aquel Illa casi mãtico del COVID estã; empecinado ahora en erigir una fãbrica de ludã³patas. Un exministro de Sanidad fabricando enfermos. No se entiende cã³mo no tiene reparos en mancillar su imagen convirtiã³ndose en adalid de este palacio hortera de la ludopatãa. Estã; cometiendo lo que los acadã³micos de la lengua calificamos como *ayusada*, que es el arte de gobernar renunciando a la decencia y a la razã³n.

Otra de las subtramas de esta historia de casinos y trileros que llama la atenciã³n es la de su inviabilidad. O sea, que ese casino, realmente, no se puede construir. ¿Por quã©, entonces, cambiar en su nombre los destinos de una naciã³n? Dependiendo de los resultados de las elecciones catalanas, la causa del Hard Rock puede llegar a desestabilizar los frãgiles equilibrios parlamentarios sobre los que levita el funambulista Pedro Sã;nchez. Si no hay mãis remedio que

convocar elecciones generales tras los inciertos resultados de Catalunya y Europa (lo de Euskadi se espera menos tempestuoso), a lo mejor en poco más de medio año vemos al fascismo sin complejos instalado en el Gobierno de España después de casi medio siglo. Qué gran regalo, para los futuros historiadores, poder escribir que Franco, Hitler y Mussolini volvieron a invadir España jugando en un casino.

La historia de este macrocasino que ha mudado el rumbo de España se remonta a 2012, cuando anuncian el proyecto el presidente de La Caixa, Isidro Fainó; un emprendedor acusado de estafar y arruinar a los pequeños accionistas de su empresa en 2007, de nombre Enrique Bañuelos, y que fue exonerado del presunto timo por Baltasar Garçon con la vieja excusa de que el querellante debería haber examinado mejor los riesgos de su inversión (o sea, dice el juez: hazte un máster en Harvard antes depositar los ahorros de tu jubilación), y Artur Mas, cuyas hazañas conoceréis todos y no veo necesario glosar ahora.

Aparte de lo hortera y enfermizo, Hard Rock nació con un problema insolventable: el complejo consumiría 12 millones anuales de litros de agua, más o menos la cuarta parte del agua que llega por el trasvase del Ebro a Tarragona, para que os hagáis una muy hómida idea. Catalunya vive hoy con restricciones de agua. Y la agenda europea 2030 a lo mejor no ve lo del casino con buenos ojos, a no ser que en las próximas elecciones continentales la ultraderecha negacionista arrase y pasemos a combatir el cambio climático poniendo macetillas con geranios en las macrogranjas y en las centrales nucleares, y rezando rosarios.

No sé por qué, malicio que la campaña de Salvador Illa no se va a centrar en la reivindicación del macrocasino Hard Rock. Pero debería. Por alguna razón, es hoy el proyecto político estrella que tiene el PSC para la Catalunya futura, según nos dictan los acontecimientos. Ya ha provocado un adelanto electoral en los pasos y la muerte de unos presupuestos nacionales. El casino puede tumbar incluso la legislatura progresista. Un casino haciendo historia. Eso no se veía desde la época en que el mafioso Bugsy Siegel fundó Las Vegas. España es poesía.

[Fuente: [Diario-Red](#)]